Marisol Hernández Martín

Ad Ripa-ae

(Junto a la orilla)

Ad Ripa-ae (Junto a la orilla)
Marisol Hernández Martín

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-17415-04-4

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2018 Marisol Hernández Martín
© 2018 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

Dedicatoria: 11

Nota de la autora: 13

Parte 1..... 109

Parte 2..... 111

Ad Ripa-ae

(Junto a la orilla)

"La primera virtud del conocimiento es la capacidad de enfrentarse a lo que no es evidente." Lacan

Dedicatoria:

A mi madre Luci; a mis abuelas Florencia y Felicidad; a mi hija Celia.

A las mujeres rurales, cuyo entorno ha excusado el olvido, la imposición, el silencio, el machismo y la precariedad existencial.

Al arraigo nacido en el alma, sin necesidad de enraizarse en la tierra.

Nota de la autora:

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, o no. La realidad, en pasado y presente, supera con creces las expectativas de cualquier autor en cuanto a tramas, dolores, amores y desvaríos. He preferido no dar nombre al pueblo ni a la ciudad, habitados por la protagonista de esta historia, para no limitarla a un enclave específico y resaltar de ese modo las múltiples coincidencias que varias ciudades españolas compartieron. Sin embargo, es fácil ubicar la comarca desde la que parte el relato. Hay suficientes datos geográficos para hacerlo. No así la descripción del pueblo, que es una mezcla de varios.

Los lectores no deben buscar un lenguaje sublime ni una trama compleja. El argumento es simple. La simpleza tiene como objetivo reflejar la vida de Romi para que, a través de ella, puedan identificarse cientos de mujeres. He querido también, a través de la voz de la protagonista, relatar cómo la gente normal observa con distancia o con pasión hechos y actos en los que no tienen capacidad de decisión.

Ad Ripa-ae es un vocablo procedente de la lengua asturleonesa, significa *junto a la orilla*. De esa raíz nace Les Arribes (forma asturiana) y Las Arribes.

Parte 1

Acabo de bajar del autobús en el que me he subido después de hacer el último trasbordo. Tres, para ser exactos, antes de llegar al fin del mundo que es donde está ubicado el pueblo en el que nací y me crie. Mal comunicado, con escasas infraestructuras que han mejorado lo justo para que esta tierra no mantenga la fama de lugar de desterrados de distinta índole. La poca comunicación y su particular geografía han favorecido mantener por siglos el serpenteante recorrido de un río, en cuyo frescor crecen idílicos parajes de naturaleza salvaje, y anidan las rapaces y el asombro. Una tierra de luz fulgurante y tinieblas densas que preserva el sosiego de otros tiempos; especies de flora y fauna, usanzas, costumbres, tradiciones… Eso dicen.

Contaba Aurora que su prima, Bienvenida, viajó en mula acompañada de su hermano y tardaron dos días en alcanzar la capital. Acudían al óbito de don Avelino, militar ilustre e hijo del pueblo, que se fue de chico y no volvió más que en forma de quebranto, mediante una carta que anunciaba su fallecimiento y la obligada imposición al alcalde del lugar que lo vio nacer de asistir a su funeral. El alcalde, añoso y enfermo, rechazó la obligación acobardado por la soba del viaje, resolviendo delegar el ineludible encargo en sus hijos jóvenes, temeroso de que si asumía él la responsabilidad, sus huesos quedarían por el camino. Y así lo hizo.

Después de emplear cinco días en el peregrinaje, dos para ir, uno de estancia y dos para volver, mula y hermanos regresaron con la satisfacción del deber cumplido y el asombro de Bienvenida, que repetía pasmada por lo que vio: «¡Santísimo Cristo! ¡No creía yo que hubiera tanta gente en el mundo!»

Camino despacio. Los vecinos me miran sin reconocerme, ni yo a ellos, curiosos y expectantes. Cuchichean ante el indicio de que mi estancia no es pasajera.

Dos maletas, un bolso de mano y otro de viaje, de los que tiro como puedo, es todo lo que tengo. No sé qué siento además del cansancio y las dudas de que algo de lo que era mi casa se mantenga en pie. Mi hermano dice que sí. Mi querido Manuel, cuando le informé del viaje, además de mofarse, aseguró en tono jocoso que por la casa no lo hiciera, que estaba *vivible*, en vez de habitable.

Si no hubiese sido porque los días son cortos, hace un frío de iceberg y *lo vivible* de la casa, me hubiese venido en pleno invierno, unos días antes de Navidad, cuando tanta lucecita, tanto villancico y tanto de todo me deja extenuada y consciente de lo llena de nada que discurre la vida. Mi prudencia de casi anciana me ha hecho esperar la primavera. Ahora, aquí todo me resulta extraño…

¿Qué esperaba?, ¿encontrar todo en el punto exacto donde lo dejé? Esperanza en vano, si tenemos en cuenta que han pasado cuarenta y cuatro años. Ni este lugar ni yo somos los mismos.

Me llamo Rosalía Minerva Gomes Correira, pero me llaman Romi. Rosalía se llamaba mi abuela paterna y Minerva fue el nombre elegido por mi madrina. Nada sé de ella. Cuando murió madre, su presencia se fue extinguiendo y solo quedó su recuerdo en los recovecos de mi memoria. «Quizá esté muerta», pienso mientras un nudo de reproche por el desinterés mostrado me atenaza el estómago.

Ha cambiado la plaza. Entre las columnas de piedra ya no hay tierra yerma, la han sustituido por adoquines y han planta-

do olivos. Dos hileras a cada lado que resaltan, aún más si cabe, el rectángulo de la explanada. La taberna del Pulgas sigue en el mismo sitio, con la cara remozada, conservando la cantería en las ventanas, la puerta de la entrada y los bajos de la fachada. El resto es de un novedoso enfoscado que no desentona con la piedra. Al final de la plaza, menos imponente de lo que recordaba, sigue el Caño con sus cuatro chorros de agua fresca y cristalina que caen al pilón. No hay huella alguna de animales. Los adoquines se han extendido hacia allí.

No pocas veces, gentes y ganado compartimos ese espacio. Los animales utilizaban el pilón como abrevadero y las gentes llenaban cántaros en los cuatro chorros para todos los menesteres domésticos que requerían agua. Tiempos de niñez, cántaros, inocencia, miseria y botijos. La calle Larga está presidida por el silencio. El orden de las casas a ambos lados de la calle se mantiene. Preserva su estatus de calle principal; casas grandes, construidas la mayoría con la misma arquitectura de la Taberna del Pulgas. Las más señoriales guardan el tamaño, la edificación y el esplendor de antaño, al que se ha añadido con el paso de los años la pesadumbre del vacío y la ausencia. Al final de la calle Larga, el tiempo se olvidó de pasar. El convento se mantiene erguido e intacto. En él puedo intuir aún la severidad de las monjas y las risas inocentes de los niños.

Aligero el paso sin detenerme a contemplar los balcones, que recuerdo atestados de petunias y geranios, en La Murtila y El Torreón, hasta llegar a la plaza empedrada de la iglesia. No me detengo. Ya habrá tiempo. Estoy cansada. Es media tarde de un día de marzo y tengo ganas de llegar a casa.

El pueblo ha ido creciendo hacia la calle donde nací y viví hasta los diecisiete años. A las pocas viviendas que había en mi infancia se han añadido otras de construcción moderna, algunas de colores imposibles; mansiones que quisieron y no pudieron, y dos hileras de chalets adosados. La Ruequita ha dejado de ser

una calle apartada y marginal para fusionarse con el pueblo, aunque para ello se haya consentido más de un desatino urbanístico.

Mi casa parece un anciano en medio de una fiesta de adolescentes. Viéndola no dejo de preguntarme quién desentona más, si ella o las otras. Es la única de la calle que ha envejecido sin ningún arreglo. Las paredes de piedra y las tejas curvas perduran firmes y desafiantes. Los portones de madera de las ventanas delatan, con descaro, su vejez. Las tablas clavadas de extremo a extremo, impidiendo que se abran, indican los esfuerzos de Manuel por preservarla de miradas curiosas y visitas indeseadas. La chimenea sucumbió a las inclemencias. Luce remendada de ladrillos rojos y chapas de hojalata. Una chapuza con el refrendo de mi hermano, que lo solucionó de manera rápida, práctica… sin tener en cuenta otras consideraciones distintas al uso.

Desde hace más de veinte años solo Manuel ha vuelto de tarde en tarde. De frente, la casa de Teresa se ha convertido en un solar. Entre las piedras y restos de escombros del tejado y las paredes derruidas, crecen maleza y arbustos. Al lado del solar ruinoso, irreconocible, compartiendo escalera, se alzan tres casas montadas unas encima de otras, pintadas de color albero. Un feo marrón oscuro remarca las ventanas y las puertas. Ni una concesión a la arquitectura popular.

Los tres sobrinos de Aurora, supongo, son los hacedores del desastre. Cambiaron el buen gusto y la privacidad para aprovechar el espacio. Quién sabe, quizá son de esos herederos que no consienten que uno tenga medio metro más que otro y les pareció la manera más justa de repartir; tal vez la vendieron.

Abro la puerta. Me recibe el paso del tiempo transmutado en telarañas cubiertas de polvo.

Debajo de ellas, las paredes, llenas de ecos, donde habitan aún las historias de los viejos.

Soy consciente de que he envejecido contando lo que me contaron.

Me he sentado, que ante estas (telarañas) y otros estorbos me sobra emoción y me falta resuello. Estoy en la casa que habitaron mis abuelos, mis padres, mis hermanos. Me he demorado. Ha tenido que atardecer la vida para volver.

Dentro de pocos años estaré senil, sin saber que se me pasó el tiempo acobardada o, en el peor de los casos, mis cenizas estarán criando malvas debajo de la apacible higuera del huerto de mi aldea, en compañía de los muertos de mi familia que me precedieron.

Fue determinante cómo me educaron. Lo que nos inculcan y el ejemplo que nos muestran las gentes de nuestro entorno, nuestra familia, nuestros padres. Cuando tienes la mente tierna lo que te dicen y lo que ves va calando como un chirimiri, que parece que no moja y cuando te das cuenta estás empapada. Mojarse no siempre sienta bien, a veces tiene consecuencias: un catarro crónico que no te mata, pero te mantiene enferma. Cuando estás enferma dependes de otros. Cuando dependes de otros, no eres libre. No sé si se puede ser libre después de los sesenta. Libre de idas y venidas, sí; hace años que nadie me impide lo que no me impida yo misma, ¡solo faltaría!, pero ¡ay!, la mente es otra cosa.

La vivienda es el fiel reflejo de lo que eran mis padres: pobres y austeros. No hay nada en ella que no necesitasen. A la hora de limpiar, antes y hoy, es un alivio. Al ver los enseres, los cuatro muebles que teníamos, me pregunto cómo podíamos vivir así.

De todo andábamos justos. Incluso la ropa no abundaba. ¿He dicho justos? La palabra apropiada es escasos.

De la escasez de antaño pasamos al otro extremo, o nos llevaron…

Hoy, sentada en una de las siete sillas, frente a la mesa camilla, con las faldillas raídas por el tiempo, tengo la certeza de que en nuestro camino no buscamos ni encontramos equilibrio. Precisamente, en él es donde radica la gracia: ni tanto ni tan poco.

Mi madre, Luisa Correira Lopes, vino con mis abuelos de Portugal cuando tenía dos años. Nunca supimos la causa. Mi padre, Aldo Gomes Barbosa, contaba una historia parecida.

A falta de otra información, llegué a la conclusión de que mis abuelos decidieron, como millones de personas en el mundo, buscar una vida que creían mejor en otra parte.

Emigraron, sin alejarse. Las dos familias, a pesar de su procedencia común, mantenían un trato distante, nada parecido a la familiaridad y la camaradería. Apartados en una calle alejada del pueblo, con otras cuatro casas más, trabajaban a jornal en lo que les fuera requerido por las familias más pudientes del lugar.

Mis padres se casaron sin que nadie, hasta los días antes de *apregonarlos,* hubiera tenido ni la más leve sospecha del noviazgo. Once meses después de la boda nació Manuel, tres años más tarde, Federico.

Federico y yo nos sacamos un año y siete meses. Rezagado cuatro años llegó Pedro. Los cuatro nacimos en casa, en un tiempo en el que el acto de nacer pobre simplificaba el embarazo y el parto, de manera que a ninguno de los dos estados se les daba mayor relevancia que la de la normalidad.

Si se adelantaba, que pasaba a menudo, los trabajos del parto sorprendían a las preñadas mientras desempeñaban sus funciones de campesinas y ganaderas en pleno campo. Ante las complicaciones severas, la parturienta y el recién nacido sucumbían al trance por la imposibilidad de hacer algo tan frecuente hoy como una cesárea o recibir las atenciones y cuidados médicos, acordes a las circunstancias del alumbramiento.

El momento de nacer se dejaba al albur de la suerte. El parto de Manuel reveló a mi abuela Branca como una partera excelente, sin más experiencia que la de haber parido a dos hijas, el sentido común, la intuición y un sinfín de peticiones a *Deus* para que el suceso llegara a buen término. Llegado el momento de mi

nacimiento, pidió que estuviera presente su comadre, Rosalía, por deferencia al parentesco y para aliviar a su hija pequeña del trago amargo de ayudarla, mientras veía a su hermana retorcerse de dolor, ensangrentada, frágil y expuesta. Después de horas de espera, para salir del apuro de un parto estancado, la abuela Rosalía intentó hacer valer su criterio para acelerarlo: sentarse sobre el vientre de la parturienta.

Abuela Branca, más templada y temerosa, la frenó en seco: «Nunca las prisas fueron amigas de nadie. Hago lo mejor que puedo y sé. ¡Es *minha filha*!. ¿A quién crees que va a dolerle más, a ti o a mí? Las dos podemos acertar y las dos podemos equivocarnos. Decido yo, que para eso soy su madre. ¡No se fuerza nada!». Finalmente, colaboraron en armonía a la hora de ayudar a mi madre a traerme al mundo. Tía Luciana, sentada detrás de ella en la misma posición, la sujetaba a la vez que la animaba con besos sonoros y palabras dulces.

En los cuatro partos se repitió el ritual: fuego encendido para mantener caliente la estancia y el agua abundante. Tijeras. Almohadas colocadas en el suelo de la cocina, sobre las que madre se sentaba cuando las contracciones avanzaban hacia un parto inmediato. Un barrote de madera sujetado con pericia, desde la mesa hasta el respaldo del escabel, servía para que pudiera agarrarse con las dos manos mientras empujaba con fuerza. Sábanas blancas y viejas, hechas jirones, para limpiar la sangre y contener el sangrado. Además de hilo de sedal para atar el cordón umbilical, más sábanas para envolver al recién nacido, toquilla para calentarlo, manta para temperar a la parturienta después del parto y caldo de gallina vieja, patata, ajo, perejil, harina y aceite de oliva para reanimarla.

Ninguno de los partos fueron presenciados por padre. Él no se impuso y su madre y su suegra consideraron su presencia un estorbo más que una ayuda. Madre no se atrevió a contradecirlas ni a pedir a su marido que estuviera presente, esperando de padre una iniciativa que nunca mostró. Prefirió guardar una ausen-

cia tras otra en el gran baúl de los reproches y las aireaba cuando se enfadaban.

No sé en qué momento la relación de mis padres dejó de lado el idilio para comenzar la contienda, avivada con un trato áspero y recíproco, aliñado por la miseria y la llegada de cuatro vástagos que a duras penas podían sustentar.

Dos años después de que fallecieran mis abuelos maternos, adquirieron la propiedad de la casa que habían compartido con ellos, hasta su muerte. Lo único que tenían. La generosidad de Luciana Gomes, hermana de mi madre, hizo posible que se la quedaran.

Luciana se casó con diecisiete años, acuciada por la prisa del novio y la novedad de dejar el hogar materno. El amor llegó a la vez que emprendía junto a su esposo un viaje jubiloso y sin rumbo fijo. Desprendida de espíritu aventurero y libre, se alió con su marido y ambos consiguieron no solo entenderse con mirarse, sino sacudirse todo lo cargante porque se tenían el uno al otro y ese bagaje les parecía suficiente.

Luciana no daba cuentas ni las pedía.Tampoco puso pero alguno en dejar toda la propiedad a su hermana. La posesión más preciada de los recién casados era una destartalada DKV verde, que lo mismo servía para recoger chatarra, ir a la feria a vender ajos de temporada, dormir o recorrer los dos países de punta a punta. «Sin apurarla, que siempre que le metemos prisa se revela y no anda», decía mi tío con la santa pachorra que Dios le dio, mientras mi tía, con mirada bobalicona y enamorada, asentía riéndose.

Él tenía además una casita en Aveiro que solo pisaban cuando el calor del verano arreciaba, porque se les caía encima.

Los Viajantes, que así los llamaban mis abuelos y padres, venían de Pascuas a Ramos. La visita no demoraba más de un día y, al final,

a todos se les hacía largo.Tampoco ayudó a la convivencia del matrimonio la llegada de abuela. Rosalía Barbosa llevaba siete años viuda cuando una mañana de octubre cerró la puerta de su casa, hizo un hatillo con los cuatro harapos que tenía, el vestido de domingo y el sobrante del pan del día anterior, y se presentó en casa de mis padres anunciando, sin ningún miramiento, que venía para quedarse. El hijo, acostumbrado a no pensar en nada que no fuese él mismo, sucumbió sin esfuerzo a los años de abandono y dejadez hacia su progenitora. La nuera la recibió igual que se recibe a la adversidad. A partir de su llegada mis padres sustituyeron su contienda de años por un silencio inclemente del que cada uno escapaba a su modo: él, hacia la taberna; ella extendiendo la disputa a todos los miembros de la familia.

Abuela atizaba la discordia matrimonial tratando al hijo como a un mártir y a la nuera como una cosa. Repartía el tiempo entre azuzar al matrimonio y consolar a Pedro, no sin antes hacer los consabidos reproches a mi madre: «¡El niño tiene cólicos y lombrices y no te ocupas!», le decía. Cuando descartó el mal físico, concluyó que el niño tenía mal de ojo. Colocó ristras de ajos bajo la cuna de madera y se dedicó con ahínco a prevenirnos contra el mundo en general y contra Claudia Manzaneda Aliste en particular. Mi madrina, contra su voluntad, porque así lo quiso mi madre, se atrevió a añadir *al Rosalía* un, nombre extravagante: «Minerva, ¡vete tú a saber la procedencia y los males que te traerá!», refunfuñaba abuela.

Me llamaron Rosalía dieciocho días. El diecinueve, ante la pila bautismal, cuando Claudia dijo que mi ley era Rosalía Minerva, abuela, contrariada, comenzó a llamarme Romi. Solo mi madre siguió durante un tiempo utilizando mi nombre completo, hasta ceder a lo evidente: Romi era más fácil, incluía a partes iguales la primera sílaba de mis dos apelativos y sus hijos no se atropellaban al pronunciarlo.

Abuela no dudó ni un momento en acusar a Claudia de provocar los llantos inconsolables de su nieto pequeño, pese a que